

nos recordar al instante la historia del **Cruel o Justiciero** —constantes contradicciones de Sevilla— Pedro I, repudiado por algunos y admirado también por su donjuanismo —la represión social a que el «status» corporativo de la decencia ha sometido a más de una generación de españoles tiene fiel reflejo en esta Sevilla, donde aún hoy las prácticas donjuanescas tienen secretos y entusiastas adeptos— y sus curiosos actos justicieros, y donde, al mismo tiempo, se testimonia la vigencia de un pálpito vivificador con el recuerdo de muchos sevillanos heterodoxos —Blanco White y Cernuda, Martínez Barrios, Giménez Fernández y Pepe Díaz, Saborido y Soto, entre otros muchos—, que, por serlo, no han tenido ni buena prensa ni bien vistos han sido por los hispalenses.

Que Sevilla no es precisamente una fiesta, a pesar del aire charanguero que algunos han tratado de insuflarle, viene a quedar patentado en este libro, a veces sarcástico, irónico y burlón otras, demoledor en algunos instantes, en ese juga-jugando que tan bien va a la pluma de Burgos.

Pocas cosas han escapado a su intención, tanto respecto de la oficial metrópoli como a la real ciudad, de la intemporal urbe hispalense como de la vibrante ciudad sevillana. Pocos mitos no han sido auscultados, desde la Semana Santa a la Feria, desde el capillismo al falso «boom» de la ciudad en tiempos de la Exposición del 29, que un dictador impuso como remedio, primordialmente, a la falta de puestos de trabajo. Pícaros más o menos populares también tienen su nota expresa, al igual que el mitificado y ya en decadencia señorito andaluz, que en algunas

zonas de la ciudad tiene aún su último reducto.

Presente y pasado unidos para dar una dimensión; el recuerdo de Almotamid junto a la presencia de un gobernador civil que acabó con las mujeres de mala nota —en hispalense frase—, putas de la Alameda según sevillanismo al uso. Cernuda, y Bécquer, y Machado marchando al lado, hoy, de una nueva nómina de intelectuales que se preocupan y trabajan por y en la realidad andaluza. Maestros frente a mozos de estoque. Patronos en bancarota unidos en lo posible a las grandes empresas que se marchitan al no poder cubrir los presupuestos de rendimientos que propone el capital. Y entre azahar y canícula, húmedos inviernos y primaverales días de otoño, a cada instante más abierta la zanja divisoria entre la Sevilla oficial y la Sevilla real; la que se muere en sueños de pasada grandeza y la que vibra y rebulle porque quiere para sí un futuro mejor.

Preparada como a modo de una tradicional guía turística —con ciertas licencias heterodoxas que el autor ha tenido la real gana de hacerse—, donde aparecen calles y plazas, monumentos y costumbres, amén de relaciones de bares, libros recomendados, discos y direcciones útiles, a más de otros consejos orientadores, Burgos ha ofrecido una dimensión original de Sevilla en su guía. Sólo hay incienso y azahares para ser puestos en su justo término, al tiempo que la otra Sevilla, la que algunos denominan Sevilla negra, otros la Sevilla auténtica, está ahí, aleteando en esas trescientas y pico de páginas, que, como ya digo al principio, más de una roncha han levantado en la flácida piel de más de un hispalense.

Y aunque la vieja bu-

rra precise de muchos paltos pa que ande, Burgos ofrece una muestra de vara que también resulta válida, sin que ello dificulte otros caminos a recorrer por aquellos que se sientan tentados en la aventura de dejar de decir amén a todo lo que, antiguo, pasa a veces por histórico. ■ **FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.**



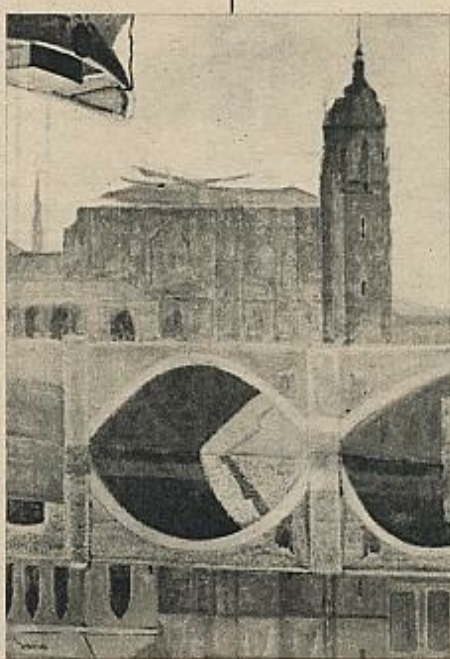
*Ni siquiera vale la pena pedir disculpas. Es imposible ver, y mucho menos reseñar, la ingente cantidad de exposiciones que pululan por Madrid en la temporada. Uno va, sin orden ni concierto —todavía con menos concierto que orden—, por las galerías que más conoce, por las que le lleva su propia querencia, y va reseñando cosas. Al fin y al cabo, tampoco esta reseña es fundamental... De pronto, uno cae, por alguna razón, en una galería que queda a extramuros de los pasos de su costumbre, y descubre a un pintor. La galería Frontera, hasta ahora la tenía yo bastante desasistida, pero entré en ella el otro día y descubrí a un pintor que no conocía: Luzuriaga. Ahora ya no puedo ignorarlo: ni a él ni a la galería Frontera.*

## Paisajes de Luzuriaga

Juan Ramón Luzuriaga es de Bilbao o vive en Bilbao. Eso no lo dice el catálogo, ni me lo ha dicho él, al que no conozco, pero no hay más que verle la expo-

sición: esa ciudad, con su ría, está presente en toda la obra. Deduzco su patria bilbaína de tres circunstancias: de la presencia casi tutelar de esa ciudad en su paisaje, de su nombre mismo... Y de algo más sutil que habría que explicar: de una absoluta falta de lo que yo he llamado alguna vez «beatería de lo nuevo»; de la presencia de un magisterio de todos los maestros de la escuela pictórica de Bilbao. Sí, porque esos vascos de Vizcaya siempre saben hacerse responsables en su obra de sus tradiciones más recientes. Los de Vizcaya digo: los de Guipúzcoa son más propensos a las aventuras de la extrema vanguardia... Lo cual, en cualquier caso —vizcaino o guipuzcoano—, tiene virtudes que lo justifican...

Pero volviendo a Juan Ramón Luzuriaga, es muy curioso el hecho de que, aun viviendo en un país —el vasco— con una naturaleza y un paisaje deslumbradores —siempre recordaré el arroyo de don Daniel Vázquez Díaz cuando hablaba de su querido paisaje vasco—, aun teniendo a ese paisaje a la vuelta de la esquina, él siempre pinta el paisaje urbano, el de su ciudad. ¿Por qué es eso así? La pregun-



Luzuriaga.

ta, ya que no puedo hacerle a él directamente, se la hago a su propia obra. Y ésta es la respuesta que de su obra deduzco:

Es que Luzuriaga tiene necesidad de darle vida pictórica a unas estructuras que el paisaje de las nebulosidades hiperbóreas, más o menos vegetales o más o menos terrenales, no podía darle. Luzuriaga, al pintar Bilbao, se identifica con unas arquitecturas, o con unas lineaciones impuestas por la misma ría, que le imponen a toda su

obra una disciplina de líneas rectas con la que él se siente muy afin.

Y de tal manera es eso así, que el pintor recurre a un procedimiento casi similar para disciplinar al color. Claro que es un colorista: como que es un paisajista. Pero con poca frecuencia es posible encontrar a un paisajista que tenga domesticado al color con una disciplina tan férrea como la que él usa para dominar a su cromatismo. En eso, además, le ayuda el bello gris de la ría de Bilbao. Luzuriaga parece huir casi con deliberación de los colores calientes... Pero parece escapar también de la entereza de los colores azules y verdes. Lo suyo tiene un tono ensordecido que, insisto, va muy bien con el estilo de la ciudad de Bilbao.

La pintura de Luzuriaga está conseguida a base de un feliz acuerdo de lineaciones rectas y a base de una armonización de coloraciones sordas, predominantemente azules, verdes y grises...

Es curioso, pero cuando en las palabras anteriores, yo hablaba de cierta predisposición es-

